

Conferencia

Don Fernando Weyler y Laviña, general médico *

José María Rodríguez Tejerina

Hace ahora tres años, en parecida fecha, pronuncié una conferencia titulada, "Orígenes del Hospital Militar de Palma de Mallorca", en esta misma sala, por generosa invitación de vuestro coronel Federico Quintana.

Hoy volveré a ocuparme de la entrañable crónica del querido Centro Hospitalario, mas centrándome ahora en la insigne figura de don Fernando Weyler y Laviña, valiente médico militar, cultísimo historiador, primer director de la Casa, padre, sí, del famoso general del mismo apellido, don Valeriano, tan vinculado a la dura guerra de Cuba.

Don Fernando Weyler y Laviña es un ejemplo de la irresistible atracción que ejercen las islas mediterráneas sobre señeras personalidades; también médicas. Citemos, a vuela pluma, en el censo de galenos célebres venidos a ejercer su profesión en la Isla de Mallorca, a León Mosconi, erudito físico judío, cuya singular personalidad se difumina entre los libros de su copiosa biblioteca en la sobrecogedora neblina del medioevo. Y a don Francisco Puig, el infatigable cirujano catalán, fundador de la inolvidable Escuela de Anatomía y Cirugía de Palma de Mallorca, y, claro está, a nuestro Fernando Weyler, nacido en Madrid pero que se

enamoró, muy pronto, de la Isla Dorada y en ella dirigió el recién creado Hospital Militar, formó una familia, escribió numerosos libros y murió al fin, serenamente, cerca del mar de Ulises.

Es la fascinación por "aislarse" en el Mar Latino, que describiera Gabriel Marcel en su obra de teatro, *El secreto está en las islas*. En las fantásticas islas mediterráneas, cargadas de destino humano al decir de Ernst Jünger. Como la isla Spetsai, anclada en medio del océano helénico, en la que vivió, muchos años, el novelista Michel Déon.

Vivir, estar en una isla mediterránea, es misterio y claridad a un tiempo, sentirse casi pura mitología.

Don Fernando Weyler y Laviña, aunque venido al mundo en Madrid, era de origen, por sus ancestros, alemán. El abuelo de don Fernando vino a España con las tropas del Archiduque de Austria, al igual que los Akerman, los Rotten, los Krischofer, y, derrotadas éstas, se quedó en España, con los Borbones. El padre llegó a ser coronel del Ejército Español. La madre de Fernando educó a su hijo con sumo esmero. La familia se trasladó a Barcelona, ciudad en la que cursa Fernando Weyler sus estudios de Medicina, que comienza aún muy joven en el Colegio de Cirugía de la Ciudad Condal, Colegio que había sido fundado, tiempo atrás, por Pere Virgili. Asistió Fernando a las clases de Botánica que impartía Bahi, en una escuela patrocinada por la Universidad y la Junta de Comercio de Barcelona, de ahí su afición, siempre presente a lo largo de su vida, por los saberes botánicos.

Obtuvo el grado de licenciado en 1829 y marchó enseguida a París para visitar los principales servicios médicos del país vecino. De vuelta a España, ingresa en Sanidad Militar. Ya como médico del Ejército es destinado a Filipinas y, de regreso en la Península, participa, con las tropas de Cataluña y del Bajo Aragón, en la guerra carlista. Combate en los sitios de Solsona

* Conferencia pronunciada el día 20 de junio de 1997 en el Hospital Militar de Palma de Mallorca.

y Morella. Su valor es premiado con preciadas condecoraciones. Más tarde es mandado al Hospital Militar de Barcelona y después al de Granada y, al fin, al de Palma de Mallorca. Contrae matrimonio con una distinguida señorita mallorquina, apellidada Nicolau. En el año 1838, fruto de éste enlace, nacerá Valeriano Weyler y Nicolau, que alcanzaría a ser, con el correr de los años, capitán general, duque de Rubí, marqués de Tenerife, Hijo Ilustre de Palma de Mallorca. El militar que castigó, severamente, en Cuba, a los nacionalistas, y a punto estuvo, por su sagacidad y competencia militar, de sofocar las llamas de la independencia que habían encendido los patriotas de Santo Domingo y Cuba.

Ya instalado, definitivamente, en Mallorca, don Fernando Weyler y Laviña, alterna sus obligaciones profesionales, de médico y cirujano, con la Botánica; herboriza. Y publica su primer libro: *Elementos de botánica anatómica: descripción fisiológica de todas las partes de las plantas, de sus diferentes funciones y principales métodos de clasificación*. libro de 136 páginas en 4º y que se imprimió en la imprenta mallorquina Umbart, en 1843.

Tres años más tarde, en 1846, tradujo, sin darla a la imprenta, la obra de Cambessedes titulada, *Enumeratio plantarum quas in insulis Balearicus collegit... earumque circa mare Mediterraneum distribtio*. Traducción a la que siguieron dos trabajos de carácter clínico; uno leído en Granada, en la Academia del Cuerpo de Sanidad Militar, sobre un caso de oftalmía purulenta, y, el segundo, aparecido en la *Biblioteca Médico Castrense*, que relataba una operación de castración a consecuencia de un hidrosarcocele de origen venéreo.

Pero el libro que había de darle una gran fama local no lo publicó hasta 1854, cuando contaba ya cuarenta y seis años de edad y lleva por título, *Topografía físico-médica de las Islas Baleares y en particular de la de Mallorca*.

El manuscrito inicial de esta obra se conserva en los archivos de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Palma de Mallorca. Fue, pues, este libro una memoria que presentó don Fernando a esa Corporación.

El doctor Weyler, con letra primorosa, escribe en la portada de la misma: "Apuntes médicos-topográficos sobre la Isla de Mallorca. Memoria que para el concurso de oposiciones a una plaza vacante de socio de número de esta Academia de Medicina y Cirugía de estas Islas, presenta el socio corresponsal de la misma doctor D. Fernando Weyler y Laviña. Marzo de 1854".

El libro fue impreso el año siguiente, 1855, en 4º, por la imprenta de Pedro José Gelabert de Palma, y consta de 320 páginas y figura don Fernando como "Doctor médico-cirujano, médico mayor del Cuerpo de Sanidad Militar, socio de número de la Academia de Medicina y Cirugía de estas Islas y corresponsal del Instituto Médico Valenciano, etc."

Cita Weyler en el libro, a modo de póstico, una frase escrita por Gaspar Casal en su *Historia natural y médica del principado de Asturias*: "Sin perder de vista estas reglas que ofrezco guardar en esta pequeña historia escribiré sólo las cosas que tengo vistas y averiguadas por mis propias experiencias".

Weyler y Laviña vuelve a mencionar en el libro la importancia de los estudios médico-topográficos, "tan descuidados en la actualidad". Y especifica: "Instalada la ciencia médico-topográfica, desde que el inmortal: anciano de Coos, legó a la posteridad, su inimitable libro de *aere, aquis et locis*, uno de los pocos que el día se le concede como autógrafo".

Luego de numerosas páginas se arriba al capítulo 2º que se refiere a la patografía. Historia de la medicina en general. Bibliografía. Y, en el capítulo 3º a la Historia de las enfermedades. Epidemiología balear. Enfermedades consideradas en

general. Causas. Antagonismos. Terapéutica. Enfermedades más frecuentes en la Isla. Hernias. Mal de piedra. Enfermedades de la piel. Afecciones cancerosas, escrofulosas. Reumatismo. gota. Apoplejías. Melena. Diarrea. Disentería. Calenturas en general y en particular. Consideraciones sobre el resto de las enfermedades. Termina con el capítulo 4º, que trata de Necrología.

Harto prolijo resultaría querer hacer una exhaustiva recensión de este libro. Mencionaremos solamente algunos de sus artículos. Al referirse, por ejemplo, a las hernias, atribuye la frecuencia de las mismas en las Islas Baleares, “a la fibra floja de los naturales, y transmitida la disposición de generación en generación, y sostenida por el abuso de los alimentos farináceos, peces, oleosos, frutas y demás que relajan los tejidos y ensanchan los intestinos con los gases que acarrear su digestión.” La profilaxis de esta incomodidad -añade- está contenida en la mutación de la alimentación, haciéndola más animal, más excitante, si así puede decirse; porque la curación sólo es posible en la infancia.”

También analiza la litiasis, en su forma renal y vesical, que ataca a los dos sexos, particularmente en las regiones húmedas como las norteñas y, en Mallorca, su frecuencia vendría condicionada “por el uso de ciertos alimentos y bebidas, como el pescado, abuso de carnes, vinos y aguas, las que aquí tienen una composición química particular, en la que abundan ciertas sales calcáreas”. A esto hay que sumar -dice- el efecto de una atmósfera húmeda, caliente o fría, que estimula la piel, y a los riñones por simpatía, y por consiguiente su alteración de secreción, etc.” “He observado -continúa- que sólo con dejar el país, se corregía la litiasis renal, y volvía a reaparecer con regresar a la Isla”.

Para el tratamiento de la litiasis está de acuerdo con los “métodos aconsejados en los autores”. Sin especificar cuáles son éstos. La litiasis vesical, en cambio, pun-

tualiza, “exige la talla o litotricia según los casos, que se presentan con frecuencia, por cierto, y estas operaciones tan serias y delicadas, se ejecutan con tino y maestría por los bien acreditados operadores de esta capital”.

El autor dogmatiza asimismo sobre la sífilis y otras enfermedades de la piel, “que casi merecen el nombre de incurables, ya por estar los que la padece, sometidos al continuo influjo del clima y método de vida que las causa y sostiene, ya que la incuria de los que la padecen que no acuden a buscar el remedio, sino cuando son extensas y añejas. La proscripción del abuso del pescado y del tocino, agentes señalados desde muy atrás, como productores de este mal; el uso de los baños que sólo se emplean en el rigor del verano, el aseo, etc., son los principales medios que pueden evitar su desarrollo y coartar sus efectos”.

Atribuye las fiebres intermitentes, “al influjo de la intoxicación atmosférica”, y sólo se dan en las personas “en quienes se encuentra empobrecido el sistema sanguíneo”. Las intermitentes benignas serían hijas de los lugares secos, las perniciosas de los pantanos”.

El 2 de enero de 1856 pronuncia don Fernando el discurso inaugural de la Academia de Medicina y Cirugía de Palma de Mallorca, que versa sobre Hipócrates, autor al que Weyler profesaba cierta aversión, y al que atacó duramente. Estas críticas ocasionaron a Weyler muchos disgustos, según revelará, años después, en el prólogo al libro que acerca de Ramon Llull publicó en 1866. “Mis convicciones son más fuertes que todas las consideraciones humanas”. “En 1855 mi juicio sobre Hipócrates, fue recibido por algunos con denuestos y sarcasmos y no combatido por razones”.

El 18 de septiembre de 1858 pronuncia don Fernando Weyler el discurso inaugural correspondiente a ese año del curso de la Academia Quirúrgica Mallorquina de la que era, por entonces, don Fernando

director. Trata sobre su certeza de que “no existe la *naturaleza medicatriz*, en el sentido lato, que admiten la mayoría de los médicos”. Este trabajo es, tal vez, el mejor de todos los publicados por Weyler, el más realista. Se rebela en él contra la idea de que, “la naturaleza medicatriz vela por la salud apartando o neutralizando los agentes que la dañan”. Y cita en apoyo de su hipótesis los casos de muerte por acaloramiento o frío, las fiebres miasmáticas y contagiosas, el tifus, el cólera, la mordedura de reptiles, circunstancias todas ellas en las que sobreviene la muerte sin que el organismo saque a relucir el generoso poder reparador que le atribuyen los antiguos. “Nosotros -afirma- los que nos dedicamos a la parte de la medicina que se llama cirugía, somos los que con más copia de datos podemos negar la existencia de ese generoso principio. Y, si no, fractúrase el cráneo, húndese las esquirlas en el cerebro y los trastornos que sobrevienen acarrearán la muerte, si el profesor no las extrae con certera mano” “Lo mismo -amplía- ocurre con los aneurismas, las hernias estranguladas, las cataratas, etc.”

“La naturaleza medicatriz -concluye- no existe sino en las leyes generales de la vida, en las reacciones físico-químico-vitales del organismo, y por consiguiente nadie probará, dónde principia, dónde existe y dónde acaba; que a su falta debe la cirugía sus adelantos y los triunfos con que diariamente enriquece sus dominios; recuérdese que el *Magister dixit* no es tan enérgico como el *Magister probavit*”.

Don Fernando por estos años había emprendido con afán el camino de la medicina. Parecía ya definitivamente vinculado a una vida fecunda como médico y cirujano.

Pero surge, estamos en el año 1859, la guerra de África. Las cabilas del Rif adoptan una actitud hostil hacia España. El gobierno español considera cuestión de honor declarar la guerra a Marruecos el 22 de octubre de dicho año. Guerra que

va a dirigir, personalmente, O'Donnell y, “en la que se lograron victorias estériles”, como el triunfo de los Castillejos obtenidos por don Juan Prim, la conquista de Tetuán, la batalla de Wad-Ras. El sultán de Marruecos firmó, al fin, el armisticio y entregó a España una indemnización de cien millones de pesetas. De “guerra grande y paz chica” calificó alguien a Esta contienda.

Mas volvamos a la Mallorca del año 1859. De los primeros destinados a formar parte del llamado ejército de observación, que se concentra en la provincia de Cádiz, es el subteniente don Tomás Vilella. Y don Fernando Weyler y Laviña, Jefe de Sanidad Militar de Baleares, recibe, a su vez, orden perentoria de incorporarse a las fuerzas que debían pasar a África.

Y se malogra, ahora ya para siempre, la vocación médica de Weyler, subyugada de continuo a su condición militar, que le convierte, para el resto de su vida, en un disciplinado facultativo al servicio del Ejército. La afición, sin embargo a escribir no le abandonará jamás en todos los días de su existencia. Y en África redacta, en un retorno sentimental a su juventud, y su amor a la Botánica, un *Catálogo de las plantas naturales observadas por don Fernando Weyler y Laviña, jefe de Sanidad Militar del Primer Cuerpo del ejército de África, en las excursiones y expediciones que verificó en la parte del Norte del imperio marroquí, durante la última guerra con dicho imperio en las regiones que ésta tuvo lugar, desde el 19 de noviembre de 1859 hasta el 3 de mayo del siguiente año*. Palma, Imprenta Gelabert, 1860, 12 páginas.

Y también da a la luz otro trabajo científico, titulado: *Apuntes tipográficos sobre la parte del imperio marroquí que ha sido teatro de la última guerra con España*. Pedro José Gelabert, 1860.

Don Fernando vuelve siempre a Mallorca, a la isla de sus amores, a la que arribó cuando apenas contaba treinta años de edad. y sigue escribiendo, sin cesar. En

1862 publica un libro muy importante: *Historia orgánica de las fuerzas militares que han defendido y ocupado la isla de Mallorca, desde su conquista en 1229 hasta nuestro días, y particularmente desde aquella fecha, hasta el advenimiento al trono de la Casa de Borbón.*

De este curioso tratado hizo una segunda edición Luis Ripoll, con otro título: *Historia Militar de Mallorca (Siglos XIII al XVIII)*, impresa en Mossèn Alcover, Ediciones de Ayer, 271 páginas, Palma de Mallorca, 1968.

No se trata de una historia militar propiamente dicha sino de una reseña de hechos inéditos y curiosos como por ejemplo, la manera de vestir de los miembros de los Jurados y del Grande y General Consejo y cuales eran sus atribuciones. Y se hace una exacta relación de las diferentes fuerzas armadas existentes en Mallorca y de las armas que empleaban; la ballesta, el cañón. La forma de constituir las bandas de música, los tambores, pífanos y trompetas y, a través de las láminas en color que ilustran el libro, contemplamos la silueta, el colorido de las banderas, estandartes, pendones, flámulas y gallardetes; y vemos los diversos uniformes empleados.

También se ocupa don Fernando con meticulosidad que revela su ascendencia teutona, de las fortificaciones de Mallorca y de los haberes de las tropas, del costo de las ropas, armas municiones y toda suerte de pertrechos militares. Es un texto, pues, que aporta una serie de datos precisos, muy útiles para lograr tener un puntual conocimiento de la historia de Mallorca. Quizás sea el libro más logrado de Weyler. La causa es obvia, en su redacción se dieron cita las dos grandes aficiones de su autor, la milicia y la literatura histórica.

Un año más tarde publica nuestro médico militar un folleto: *El ciprés. consideraciones sobre este árbol.* Por F.V. y L. Palma 1863, 4º, 16 páginas.

Asimismo de estos años es la *Memoria sobre la oftalmía purulenta que padecen nuestras tropas.* (En la Biblioteca Médico Castrense Española, tomo I).

Mas, don Fernando está por entonces muy ocupado. Prepara un extenso libro sobre Ramon Llull, personaje medieval que le atrae, fascina y decepciona a un tiempo. En 1866 da al fin a la imprenta su obra, que titula: *Raimundo Lulio juzgado por sí mismo, consideraciones crítico-científico-comparativas sobre varias de las doctrinas que profesaba este iluminado doctor, según se leen en sus numerosos libros.* Palma. Imprenta Pedro José Gelabert. Impresor de S.M. 1866. 4º 562 páginas.

Este libro, en nuestros días, tan consagrados al estudio de las doctrinas lullianas, nos parece discutible en sus planteamientos ideológicos. Aunque se encuentran en él noticias inéditas, y de sumo interés. Y hay que hacer resaltar que, es el primer tratado que se ocupa de Ramon Llull como médico. En su capítulo II, consagrado a las ciencias cosmológicas de Lulio, tras hablar de "el Caos o composición del Universo", de "Astronomía", "Botánica", "Física", "Geología y Mineralogía", "Geometría", "Milicia", "Química", "Alquimia" y "Zoología", se refiere, en la letra J, a la "Medicina". Y, leemos en el índice, la pauta de su estudio: "Lulio no fue innovador ni fundador de verdadero sistema médico". -Cómo concibió la ciencia. Varios pensamientos suyos sobre la Medicina y sus partes.- Escritos especiales: "Arte compendioso de la Medicina". "De las regiones de sanidad y enfermedad". "De la levedad y poderosidad de los elementos. Arte de los principios y grados de la Medicina". "Juicio sobre la Medicina lulliana".

Posteriormente, hasta el folleto publicado por José Mª Serra de Martínez, médico, historiador y musicólogo barcelonés, aparecido en 1924, en *Estudi franciscans*, Barcelona, y titulado, La Medicina Lulliana (Apunts i comentaris) no

se había ocupado nadie de Llull como filósofo de la Medicina. Luego vendrán los estudios sobre este tema ; nuestros, de Contreras, de Sevilla...

Hay que proclamar, por tanto, porque es de justicia, el gran mérito de Weyler al abordar por vez primera el estudio crítico de esa fascinante vertiente del saber luliانو.

Pasan los meses y el doctor Weyler y Laviña que ha reingresado en la Academia de Medicina y Cirugía de Palma de Mallorca como miembro numerario, pronuncia el discurso inaugural en la sesión pública celebrada el 2 de enero de 1868. Que titula: *¿Cuales son las causas de la frecuencia de la litiasis en la Isla de Mallorca y de los medios de remediarla, impidiendo su desarrollo?*. problema, ya lo hemos dicho, que le había preocupado a don Fernando cuando escribió su *Topografía-físico-médica de las Islas Baleares*.

Desde su *Topografía Físico-médica* hasta este reglamentario discurso académico, en esos tientos trece años, al igual que en los dos lustros venideros, se van a suceder en España profundos cambios políticos y socio-económicos.

Señalemos, sucintamente, la regencia de Doña María Cristina, el gobierno de Isabel II y los mandatos de Mendizábal, Espartero, O'Donnell, Narváez.

Dirigió luego los destinos de nuestro país González Bravo hasta que, destronada Isabel, fue elegido rey de España Amadeo de Saboya. Fracasado también, quizás por el atentado que causó la muerte del general Prim, se proclamó a poco la Primera República, de carácter federal, que tuvo cuatro presidentes en los once meses que duró: Estanislao Figueras, Francisco Pi y Margall, Nicolás Salmerón y Emilio Castelar.

Mallorca se vio asolada mientras tanto por varias epidemias de peste; de cólera, como la terrible de 1865, de fiebre amarilla, de difteria.

Han transcurridos otros diez años desde su discurso sobre la génesis de la litiasis y don Fernando vuelve a coger la pluma para escribir ahora acerca de temas médicos relacionados con la cultura árabe. Serán sus últimos escritos. Titula el primero de ellos, *Alralis-Abuhali-Añhasen-Ebenhalí-Ebensina. (Avicena)*. Y, el segundo, el postrero, que redacta poco antes de morir, un nuevo discurso inaugural en la Academia de Medicina y Cirugía de Palma de Mallorca, que versa sobre *Consideraciones histórico-críticas-etnográficas sobre el período de la medicina árabe*. Y que lee el día 21 de enero de 1879. Era por entonces Weyler presidente de la Academia, cargo para el que había sido elegido el 4 de diciembre de 1878. Que pudo ejercer muy poco tiempo, pues falleció el 7 de mayo de 1879.

En el acta de la sesión inaugural celebrada el 26 de enero de 1880, ya figura como nuevo Presidente don Antonio Gelabert. El Secretario de Gobierno, don José Enseñat y Raspalí, después de hacer un resumen de las actividades académicas del pasado curso, finaliza su disertación pronunciando el elogio necrológico de don Fernando Weyler y Laviña, de quien dice: "No ha muerto para la Ciencia . El espíritu del difunto presidente de la Academia, unido a los de D. Francisco Oleo, de D. Gabriel Floriana y de cuantos socios numerarios le han precedido, inspirará a la Corporación en el examen de los problemas médicos. Con esta guía, La Junta de Gobierno propondrá cuestiones higiénicas y terapéuticas, para provecho de la provincia balear".

En el momento de fallecer don Fernando, hace unos cinco años que el general Martínez Campos ha proclamado, en Sagunto, el 29 de diciembre de 1874, rey a Don Alfonso XII, el hijo de Isabel II.

En 1876 los carlistas adictos a Carlos VII, don Carlos María de Borbón, duque de Madrid, han sido derrotados por la acción conjunta de los generales Primo de Rivera y Martínez Campos. La guerra car-

lista ha terminado y el pretendiente cruza la frontera francesa.

La figura política ahora es la de don Antonio Cánovas del Castillo, quien consolidó la monarquía para una generación, "aunque no fue hombre capaz de dotarla de una base bastante sólida para una centuria".

Por los años en que muere el doctor Weyler y Laviña, atraviesa Mallorca una inesperada época de bienestar económico. La filoxera ha destruido los viñedos franceses y Francia, nación muy consumidora de vinos, se ve obligada a importarlos de los países no afectados por la plaga, España e Italia. Los viñedos mallorquines se hallan en pleno rendimiento por aquellos años setenta. La exportación de vinos a Francia se ve favorecida por las bajas tarifas arancelarias francesas y por los altos precios que se pagan en el país vecino.

En Felanitx la actividad vinícola es extraordinaria. Las viñas se extienden por toda la isla. Porto Colom inaugura un tráfico marítimo directo con Sète, ciudad en la que muchos mallorquines, felaginenses en su mayoría, han establecido almacenes de vinos.

Hace apenas unos meses que comienza a conocerse la obra fisiológica de Claude Bernard. Don José de Letamendoi y Manjarés, el aparatoso catedrático de anatomía de la Universidad de Barcelona, acaba de ser nombrado titular de la asignatura de patología general de la Facultad de Medicina de Madrid.

Y, hasta aquí, enmarcado en su época, don Fernando Weyler y Laviña, en el sentir de Laín Entralgo, *el hombre de todos*.

Pero ¿cómo era *el hombre de secreto*?

Conocemos su figura física por una fotografía, en blanco y negro en la que aparece, de uniforme, con el pecho pleno de condecoraciones. Luce un enorme bigote y adivinamos que es hombre de escasa estatura, de ojos inquisitivos, no sabemos si azules u oscuros.

Nunca podremos conocer totalmente su perfil espiritual. Porque lo esencial en todo ser humano es aquello de lo que jamás se habla, como afirma Kawabata, el poeta japonés.

Presumimos que don Fernando era, por su herencia paterna, hombre de fuerte carácter, asaz orgulloso, displicente con las cosas de España y aún de Mallorca.

Era de psicología germánica, autoritario; aristocrático.

Su justificado orgullo se deja traslucir en sus escritos. "Dotado por la naturaleza -dice por ejemplo- de un ilimitado deseo de aprender, no he perdonado medio alguno en todas las épocas y situaciones de mi vida para satisfacer tan noble sentimiento". Y, al calificar sus trabajos sobre Ramon Llull, se ufana: "Me corresponde manifestar que en todos resplandece la exactitud y veracidad y que algunos de ellos tal vez sean los primeros en su clase que han visto la luz pública en nuestra patria, y que todos deben el ser a un padre, que para ciertas personas de menguados sentimientos, tiene la imperdonable falta de no haber nacido en el país".

Era un hombre escéptico, desengañado. Lo afirma en el referido prólogo de *Raimundo Lulio juzgado por sí mismo*: "Mi desconfianza o mejor mis temores, eran hijos de la incredulidad que en mí sobresa, y diariamente va en aumento con los repetidos desengaños que contemplo a cada paso, y me hacen recelar, con razón, de los hombres en general".

De su austeridad no cabe duda alguna. Austeridad que tuvo en alto grado también su hijo Valeriano. El único placer que se permitía don Fernando era el de estudiar: "porque el estudio no ocasiona más remordimientos que las pérdidas motivadas en los instantes dedicados al ocio y los vicios en que viven encenagados tantos individuos mal llamados hombres".

En fin, este médico militar que afirmaba que "sus convicciones eran más fuertes que todas las consideraciones huma-

nas”, era un librepensador, un agnóstico. En su último discurso proclama, abiertamente, que el hombre desciende de los monos *lemúridos*, adhiriéndose a las hipótesis transformistas, tras rechazar la tesis *monogenista*, el hombre procedería de una sola pareja, y aceptar la teoría *poligenista*.

Estos conceptos y otros también heréticos para la época, influyeron en el hecho de que en la anteportada del discurso del doctor Weyler se copiara, insólitamente, el artículo 68 del reglamento de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Palma de Mallorca: “La publicación de las memorias y demás escritos hecha por acuerdo de la Academia no supondrá que ésta acepte ni prohija las opiniones que contuviere las cuales seguirán perteneciendo exclusivamente a los autores de aquellos”.

Don Fernando, que sepamos, nunca sintió nostalgia por retornar a Madrid, un sentimiento muy fuerte en la mayoría de los nacidos en aquella ciudad incomparable. Ni a Barcelona, en cuya universidad realizó sus estudios médicos. Esta falta de añoranza nos hace presumir era un ser

indiferente, sin fe religiosa, pues el amor a la patria chica sólo pueden sentirlo los hombres transidos de Dios.

Compleja fue el alma de don Fernando Weyler y Laviña. De virtudes tan exageradas que parecen defectos. Con pecados tan exigüos que no logran hacer destacar, con su sombra, la luz de los méritos.

Consiguió, sin embargo, escribir unos libros que hoy, más de un siglo después de su publicación, se leen, se discuten, se reimprimen.

Amó don Fernando a Mallorca con un querer profundo y, como tal, acongojado. Hasta poseyó, en un bello lugar de la isla, en Son Roca, cerca del camino viejo de Sineu, una casa con árboles, un huerto, un jardín, unas palmeras, desde la que se columbraba el mar. Una casona en la que resonarían las risas ilusionadas de algún niño. De ese niño pequeño que todos llevamos en el cerebro, en el corazón o en el fondo de nuestras pupilas, como un testimonio ingenuo de la presencia del Creador, y que está siempre junto a nosotros, a lo largo de nuestra extraña, inquietante, maravillosa aventura humana.